

JULIO CASTRO

el embajador de la CIA

EL 10 de marzo de 1969 el presidente del Perú, Velasco Alvarado, reunió a un grupo de periodistas; yo entre ellos. La sencilla y sempechana presencia del presidente contrastaba con el versallesco lujo de los salones del Palacio de San Carlos. Surgió en seguida la pregunta obligada que todos plantearíamos y que uno anticipó:

—¿Cómo está el conflicto con Estados Unidos? ¿Cuál será la actitud del gobierno peruano?

Recuerdo que Velasco sonrió y contestó con gesto bonachón:

—El Perú no tiene conflicto alguno con el gobierno o con el pueblo de Estados Unidos, a quienes considera sus amigos. Lo tiene sí, y muy duro, con la I.P.C., que es una empresa extranjera, es decir nuestro pleito es con una compañía particular.

Lima estaba en ebullición, y de ahí la pregunta. El gobierno revolucionario había expropiado la I.P.C. inmediatamente de asumir el poder y había ocupado militarmente sus instalaciones. Cinco meses después se discutía el problema de las indemnizaciones. El gobierno se mantenía firme: la I.P.C. sería indemnizada de acuerdo con el saldo real que arroja el peritaje sobre su contabilidad. A su vez el gobierno norteamericano apoyaba las exigencias de la empresa, que eran muy altas. Las negociaciones estaban congeladas.

Para ejercer una presión más directa, Nixon envió a Lima a su representante personal John Irwin, ya que los canales ordinarios de la diplomacia habían resultado ineficaces. Al explicarnos algunos amigos los entretelones del fracaso de las negociaciones realizadas por la embajada, oímos por primera vez el nombre de Ernest V. Siracusa, segundón en la nómina del personal de ésta, pero muy principal ya, en las andanzas y maniobras a nivel de las actividades secretas.

Irwin durante su visita ganó muchas simpatías —pese al objetivo de su misión— por su actitud abierta, simpática y mundana; por su comprensión del problema peruano y por su paciencia y discreción ante las asperezas y la rigidez de los representantes del gobierno. Irwin, el comisionado perfecto, hacía olvidar hechos y rumores que echaban sombra sobre su gobierno y, especialmente, sobre la embajada local.

Pero a la tercera semana de su estada, el 8 de abril para ser precisos, al llegar a la Casa de Pizarro, un periodista norteamericano le preguntó inesperadamente "si él era el mismo abogado John N. Irwin citado en el libro «El go-

bierno invisible» como el enviado del Pentágono y la CIA para destruir al gobierno de Laos en el Sudeste de Asia en 1960". Sobreponiéndose a la sorpresa, no tuvo más remedio que admitir su participación en ese caso, como subsecretario de Defensa... "pero nunca tuve vinculación con la CIA".

El episodio denuncia, pese a la negativa, la estrecha relación entre el deslumbrante comisionado presidencial y el oscuro mundo de las intrigas, la subversión y el espionaje. En la cumbre, Irwin; abajo, moviendo los hilos de inconfesables maniobras, la CIA. Al frente de ésta, como se comprobó después, silencioso e ignorado, Ernest V. Siracusa.

En agosto del mismo año regresó Irwin nuevamente. El gobierno había declarado terminantemente: "El asunto de la I.P.C. no es negociable. Se ventila de acuerdo con las leyes peruanas". Pero estaba pendiente la amenaza de represalias y el gobierno de Nixon quería evitar otra Cuba. No sólo envió al comisionado, sino que cambió el embajador; Belcher, al llegar al país, declaró que "los Estados Unidos tienen el sincero deseo de cooperar con el Perú en la promoción de su desarrollo económico y social sobre la base de igualdad y respeto mutuos".

Pero otra vez el diablo metió la cola. Un pequeño libro editado en Alemania —"Quién es quién en la CIA", de Julius Mader— dio a conocer la lista de treinta agentes que operaban en el Perú, con referencias personales de cada uno. El público conoció la trama y los personajes de una vasta operación.

El hecho, explosivo, aceleró una investigación que se había iniciado el año 68, bajo el gobierno anterior, pero por orden del general Morales Bermúdez, ahora uno de los hombres del gobierno revolucionario. Se trataba de un plan tipo "Camelot", o "Simpático" o "Colony". En el Perú se llamó "Plan Protection". En un allanamiento se encontraron más de 50.000 fichas de peruanos clasificados y calificados "no sólo con indicación de sus credenciales políticas y religiosas, sino de sus «debilidades humanas», susceptibles de ser aprovechadas para ponerlas al servicio de la organización". ("Oiga", 24 de octubre de 1969.)

El 3 de ese mes el general Velasco Alvarado había denunciado "maniobras conspirativas movidas desde el exterior y alentadas internamente por la oligarquía". Por ese tiempo Ernest V. Siracusa, que había llegado a la categoría de Encargado de Negocios, cobró cierta notoriedad

al ser expulsado del país por el gobierno. Ya se le atribuía la jefatura de la CIA para América Latina.

Sus actividades en Bolivia comensaron al año siguiente cuando, con rango de embajador, fue recibido oficialmente en La Paz. Siles Samas concedió el "agreement"; Ovando, en octubre del 69, recibió sus credenciales.

No habían pasado dos meses y el flamante embajador mostraba ya las uñas. El gobierno de Ovando había iniciado una política nacionalista —empujado por Torres, como jefe de las Fuerzas Armadas— y entre otras operaciones había expropiado la Gulf Oil. Torres, inclusive había ocupado militarmente las instalaciones antes de que se diera a publicidad el decreto de expropiación.

Como respuesta, la CIA "envió un alto personaje a colaborar con el embajador Siracusa", como se denunció más tarde. Entre ambos prepararon un plan para derrocar al gobierno de Ovando. Al propio Siracusa se le atribuyen estas palabras, según denuncia de fuente boliviana: "Nuestros amigos industriales y del gran comercio, aquí en Bolivia, van a colaborar con el plan, limitando sus operaciones, y si es preciso, cerrando sus fábricas aduciendo dificultades económicas causadas por la política del gobierno con la finalidad de producir una verdadera explosión que enfrente a obreros sin pagar con el gobierno de Ovando".

Cierta o no la versión transcrita, los hechos la ratifican. El plan se cumple y el 6 de octubre cae Ovando. Según se sabe ahora, Siracusa maniobró en favor del general Miranda, pero fracasó por la resistencia militar de Torres que en definitiva, conquistó el gobierno, ese mismo día. Se ha recordado recientemente que "Le Monde" comentaba con estas palabras la abortada maniobra: "La derrota de Miranda es también la de Siracusa".

Pero, inexplicablemente, continuó como embajador en Bolivia. Y más inexplicablemente aún, conspirando contra el gobierno de Torres. Su constancia al fin resultó premiada. "El hábil y metódico embajador de la CIA y del Departamento de Estado", como lo califica el ex-ministro del Interior de Torres, logró su objetivo: en agosto del 71, cayó Torres. Siracusa se había ausentado oportunamente y, en Lima, donde lo encontró la noticia, se mostró extrañado: "No me lo explico; si cuando salí de Bolivia todo estaba tranquilo".

Este hombre, que ha sido designado por Nixon como embajador en el Uruguay, integraba cuando estuvo en Buenos Aires en los últimos tiempos de Perón, el plantel de la embajada norteamericana "y se le recuerda como el más perspicaz comentarista e informante sobre lo que ocurría en la Argentina. Estaba al tanto de todo y mucho más que los propios argentinos. Hay quienes lo recuerdan vestido con overol y pantalón raídos disfrazado de obrero asistiendo como un peronista más a los actos de la Plaza de Mayo." La referencia, de hace algunos años, de nuestro colaborador Gregorio Selser, pinfa el personaje.

Ernest V. Siracusa, que nada tiene que ver con la ciudad que Arquímedes immortalizó, será el representante de Estados Unidos ante el gobierno de Bordaberry. Por algo el hombre de Watergate le asigna esta misión.

EL LUNES APARECE EL No. 71 DE "CUADERNOS"

PERONISMO: EL EXILIO (1955 - 1973)

• El próximo lunes 25 aparecerá el número 71 de "Cuadernos de Marcha". Es el segundo dedicado al peronismo y abarca "El exilio", es decir, desde 1955 hasta 1973. El sumario comprende los siguientes temas:

Cronología

- por Gregorio Selser
- La estrategia de la "guerra fantasma"
- por Juan Perón
- Peronismo y lucha de clases
- por John William Cooke
- El peronismo y la acción armada revolucionaria
- Ejército: transformación revolucionaria o disolución profesional
- por Julián Licastro
- Programa de Huerta Grande
- Programa del Movimiento Revolucionario Peronista
- Declaración de Tucumán
- Mensaje a los trabajadores y al pueblo argentino
- Programa de SITRAC-SITRAM
- Montoneros: guerra popular revolucionaria
- El peronismo fue siempre revolucionario
- por Raimundo Ongaro
- Las etapas de la guerra civil en la Argentina
- por Roberto Carri

A uno de los textos (el discurso del teniente 19 Julián Licastro) pertenecen los siguientes párrafos:

"Nosotros creíamos que no podíamos constituirnos en partido político único sin destruir nuestra unidad profesional. Que era lo que queríamos mantener.

"Que no podíamos vestir a la democracia con uniforme de fajina, sin desnaturalizar a la democracia. Que era lo que queríamos resguardar.

"Que implicaba dejar de cumplir nuestra misión fundamental de defender a la patria del enemigo extranjero, si enfrentábamos a nuestros compatriotas para salvaguardar los intereses de los monopolios.

"Que no podíamos institucionalizar la violencia interna, tomando partido por la minoría colaboracionista de ese enemigo extranjero.

"Nosotros repetimos lo que la historia militar enseña: que ningún ejército ha servido indefinidamente como fuerza de ocupación de su propio país.

"Nosotros dijimos a nuestros superiores que, en el trance de una guerra civil, ningún ejército es más fuerte que la base social que lo compone.

"Que, por el contrario, lo que podía hacerse ante un movimiento nacional revolucionario era

incorporarse a esa revolución. Para contribuir con la organización del ejército a hacer esa revolución más rápida, menos sangrienta y más argentina."

"Compañeros: creemos que esta revolución es un hecho grandioso. Más aun de lo que nosotros mismos entrevemos.

"Una REVOLUCIÓN con mayúscula, que contiene, digamos así, varias revoluciones menores.

"Una revolución social, o sea la lucha entre las clases trabajadoras y los sectores explotadores.

"Una revolución federal, o sea la lucha entre el interior infracolonizado y la ciudad cabeza de puente de desembarco.

"Una revolución nacional, o sea la lucha entre Iberoamérica y los imperialismos occidentales y orientales.

"Una revolución generacional, o sea la lucha de una juventud que ha accedido masivamente a la conciencia nacional.

"Y una revolución cultural, o sea la lucha por un modelo y por un estilo propios."